

beberse dos botellas de Porto de una sentada á los setenta y dos años.

Enrique Taylor observa que « un hombre de Estado, si quiere vivir largo tiempo, lo que forma parte de su deber, haciéndole capaz de prestar excelentes servicios al país, debe poner en su régimen una activa y vigilante atención. Un enfermo de fiebre en un hospital no requiere tanto cuidado sobre este particular ¹. La observación es indudablemente verdadera, aunque la fuerza y el hábito permiten á algunos hombres hacer impunemente lo que ocasionaría perturbaciones y enfermedades á otros de constitución más débil.

1. Enrique Taylor. *The Statesman*.

CAPÍTULO VIII

LA VIDA EN LA CIUDAD Y EN EL CAMPO

Dios se halla palpablemente en el campo, y el diablo se ha ido con la gente á la ciudad. HARDY. — *Far from the Madding Crowd*.

La vida del campo y la menor frecuentación de las escuelas está llena de enseñanzas prácticas, que los ricos ponen el mayor cuidado en negar á sus hijos. — A. SUSSET, *Idyll*.

En el mundo, las grandes ciudades tienden á perder, y en último caso, á destruir el sentimiento de la familia, y forman sobre sus ruinas un foco de concupiscencia. Semejantes ciudades tienen organizada una unión comercial del crimen. — *Fortnightly Review*, Octubre de 1866.

Mientras enseñe esta dura verdad, me parece que veo al monstruo de Londres reirse de mí; yo también quisiera reirme de ti, ciudad, si fuera digno reirse de la miseria; pero tu estado me inspira compasión. — ABRAHAM COWLEY.

Si se tratase de escoger entre una compañía eterna, sin facultad de retirarse dentro de sí mismo ó de un confinamiento solitario para la vida, diría: « Carcelero, cierra la puerta de la prisión. » — *Diario de sir Walter Scott*.

Las grandes ciudades no producen necesariamente grandes hombres. Por el contrario, la tendencia de la vida y las aspiraciones en las grandes ciudades, pro-

ducen más bien hombres pequeños; el torbellino de los negocios y de los placeres que se apodera de la vida de las ciudades, distrae el ánimo e impide su engrandecimiento. Hay una constante sucesión de excitaciones nuevas, que no producen una impresión permanente porque las unas borran á las otras: mientras que el niño del campo puede desarrollarse libremente, el de la ciudad se desarrolla muy rápidamente. El último es más vivo e ingenioso en su esfera por el perpetuo roce con sus compañeros, y cuando llega á ser hábil y experimentado en su ocupación particular se para y no adelanta más.

La vida de la ciudad es el enemigo del trabajo intelectual, pues hay en ella muchas excitaciones y muy poco reposo. Cuando se ha leído el periódico, hecho su trabajo y asistido al teatro, se halla terminado el trabajo del día. El joven londinense tiene pocos amigos, y si tiene algunos, éstos son como él. El difunto doctor Guthrie, mientras vivía en Londres, trató á muchos jóvenes, tanto de los naturales de la ciudad como de los criados en el campo, y dice en su autobiografía: «Entonces fué cuando observé por primera vez los estrechos límites y los defectos de la educación ordinaria de las escuelas inglesas. Los muchachos de la ciudad estaban, no cabe duda, completamente al corriente de su respectiva profesión, pero fuera del pequeño agujero que llenaban, como los mariscos en las rocas, eran extraordinariamente ignorantes de todo lo demás.» Carlyle dice, de un modo más despreciativo, hablando de los londinenses: «Todo hombre nacido en Londres, sin excepción, me parece mal acondicionado, considerablemente pervertido, ó mejor dicho, una fracción de hombre.» Casi todos los grandes hombres

de Inglaterra, y lo mismo los de Londres, han nacido en el campo ó se han educado en él. Es cosa fácil de comprender. En las ciudades un joven es únicamente una parte de la multitud; sus vecinos nada saben de él, ni él sabe nada de ellos. Ve lo que ha visto siempre, y con tal que se vean satisfechos sus gustos y sus necesidades, no siente el menor impulso por adelantar. Muy distinto es lo que ocurre con los jóvenes nacidos en el campo, que, como si dijéramos, salen llenos de frescura del seno de su madre la tierra. Hay en ello más individualidad, y se sienten también más responsables de todo cuanto le rodea. Están acostumbrados á hacer muchas cosas por sí mismos que los jóvenes de las ciudades reciben hechas de las máquinas perfeccionadas. No se sienten distraídos por la diversidad de situaciones y tiene tiempo de crecer. Conocen á sus vecinos y ellos los conocen. Hace amistades que, con frecuencia, duran toda la vida. Y es mucho más importante para un joven tener un buen amigo que una docena de conocidos indiferentes. Entran en contacto directo con sus compañeros y su espíritu ejerce influencia sobre ellos. Las impresiones que entonces reciben se desarrollan y, si el terreno es bueno, llegan á ser fecundos elementos del carácter. «Hay un acento campesino, dice La Rochefoucauld, no sólo en las palabras, sino también en el pensamiento, en la conducta, en el carácter y en los modales que jamás pierde el hombre.»

Aunque los objetos que se presentan al espíritu del niño en el campo son menos numerosos, son mejor observados, en parte porque son mucho más atractivos, y en parte porque no pasan ante su vista con una celeridad que confunde su memoria y perjudica

al interés. Conoce la naturaleza tan bien como á los hombres.

En una ciudad pequeña, ó en una aldea, todo el mundo se conoce. Los niños oyen hablar de las cosas buenas y malas de sus vecinos, conocen mucho de la historia familiar. Habla de ella en el hogar y desde muy temprano toma interés por las historias. Estas historias tienen algo de cuentos, pero estos cuentos indican á lo menos interés por los demás y, aunque sean patrañas, son también indicio de amistad. En las grandes ciudades, por el contrario, donde los hombres viven aglomerados no hay cuentos ni pequeñas amistades, porque nada saben unos de otros ni se cuidan de ello. Así los hombres viven á mucha mayor distancia social de los demás en las ciudades que en el campo.

Aunque el muchacho del campo es mucho más tarde en llegar á la madurez que el de la ciudad, es generalmente muy superior cuando llega á ella. Vive más abandonado á sus propios recursos y se acostumbra á hacer muchas cosas por sí mismo, aprendiendo de este modo la lección esencial del *Self help*. Cuando llega á la ciudad siente excitadas sus facultades admirativas; se ve en una nueva esfera, alimenta nuevas ambiciones que procura realizar, y merced á la voluntad y al propósito, se eleva con frecuencia á los mayores cargos en la vida de la ciudad. Así, por ejemplo, el joven nacido en el campo suele hacer más carrera que el nacido en Londres. Como decía el difunto Wálter Baghest, los elevados centros de vida intelectual y política dícese que son improductivos, y esto puede consistir en la excitación febril que agota la fuerza de los padres y en que el vigor de los jóvenes

se agota. Sea como quiera, hay pocos hombres grandes en política, ciencia ó arte, que hayan brotado del suelo exhausto de la metrópoli. Los jóvenes del campo son, en verdad, la mejor clase de producto agrícola y hacen una buena parte del trabajo intelectual del mundo. Fontenelle decía que era una gran ventaja para los hombres de ciencia el haber podido tomar buenos cimientos en el reposo de la vida de provincia. Gol-lawin Smith dice de Pym, muchacho originario del campo, que vivió dos años en el retiro, especie de preparación tan necesaria como la acción para la profundidad del carácter y para la sostenida energía del pensamiento que constituyen la verdadera grandeza. Todas las grandes empresas, dice Juan Pablo Richter, se hacen en la soledad, es decir, fuera de la sociedad.

¡Qué gran beneficio fué para la ciencia el que Newton se criase en el campo y que estuviese empleado durante sus primeros años en dirigir la pequeña granja de su madre! En las vidas de los ingenieros se observa que los hombres que han edificado nuestros puentes, diques, canales, faros y ferrocarriles, han sido criados en el campo. Sir Hugo Middleton, que hizo venir á Londres las aguas del New River, había nacido en Galch-Hill, una remota casa de campo cerca de Denbigh, en la Gales del Norte. Juan Perry, que construyó una presa en Daghnam, pertenecía á Rothborough, en Gloucestershire; y Juan Metcalfe, el ingeniero de caminos, á Karesborough, en el Yorkshire. Edwards, el ingeniero de puentes, era hijo de un modesto agricultor en Eglwysilam, en la Gales del Sur; y Brindley, el ingeniero de canales, era hijo de un labrador de Tunstead, en el extremo noroeste de Der-

byshire. Smeaton se crió en la casa de campo de su padre en Austhorpe, cerca de Leeds. Rennie era el hijo de un agricultor en el Lothian oriental, y Telford nació y se crió en una cabaña cerca de la laguna de Estkdale; mientras que Jorge Stéphenon, hijo de un obrero, vió por vez primera la luz en una casita de campo en Wylam, á orillas del Tyne. Pero el genio no tiene descendencia ni casa solariega y brota lo mismo en la cabaña del aldeano que en la choza del pastor.

Puede esperarse naturalmente que los muchachos criados en el campo se distinguan en la historia natural, pues su vida se identifica con la existencia al aire libre. Ven y observan, aprenden los hábitos de los pájaros, las abejas, los insectos y otros animales. El magnífico libro *Historia natural*, de Selborne, fué el resultado de la inmediata observación de un hombre rodeado por las silenciosas influencias de la naturaleza. Toda su vida la empleó en el campo. El profesor Henslow, viviendo en sus primeros años cerca de Róchester, se llevó á su casa un hongo tan grande como él, y se hallaba casi siempre rodeado de ejemplares de orugas, dibujos de insectos y disecciones de pájaros ó animales, para su especial y exclusivo entretenimiento. Hombres como éstos, aunque perfeccionan su obra en el campo, son llevados por la fama á terminar su vida en las ciudades. Buffón, sin embargo, hasta el fin prefirió la vida en medio de la naturaleza en su casa de campo de Montbar, donde se puede ver todavía su estudio, situado en una elevada galería en el rincón más apartado de su jardín.

Los hombres que han tenido más influencia en su tiempo y han marcado su huella sobre su propia gene-

ración y las futuras han sido, en su mayor parte, criados en la soledad ¹.

Tales fueron Wicklef, Lutero, Kuox, san Ignacio de Loyola, Latimer y Wesley.

Oliverio Cromwell se ocupó en empresas agrícolas hasta cerca de los cuarenta años; y Wáshington, nacido y criado en Virginia, al llegar á la juventud, fué encargado de vigilar inmensos territorios salvajes é inhabitados en los valles de los montes Alleganys. Esta soledad no es un obstáculo para la cultura; antes bien, concentrando el ánimo en sí mismo, puede hasta convertirse en estimulante, como lo demuestra el significativo ejemplo de Alejandro Murray, profesor de lenguas orientales en la universidad de Edimburgo; el reverendo Juann Brown, autor del *Self Interpreter Bible*; Jacobo Ferguson, el astrónomo, y Jacobo Hogg, autor del *The Queen Wake (La Velada de la Reina)*, estuvieron en su infancia empleados en la solitaria ocupación de apacentar ganados en los matorrales de Escocia.

Sir Benjamín Brodie, en sus solitarios paseos por las llanuras del Wiltshire, siendo niño, adquirió los hábitos de reflexión que compensaron con exceso las desventajas de su separación de la familia. « El de-

1. Lacordaire observa: « La soledad nos une tanto como la multitud nos separa. Esta es la razón por que hay tan poca intimidad verdadera en el mundo, mientras que los hombres acostumbrados á vivir en la soledad suelen tener afectos profundos. Yo no he vivido en medio del mundo, y difícilmente puedo tener confianza en los que viven en un mar en que las olas se empujan unas á otras, sin que ninguna llegue á tener consistencia. Lo mejor de los hombres se pierde con el continuo roce, que al paso que borra las asperezas del alma, destruye su energía para formar fuertes amistades. Creo que la soledad es tan necesaria á la amistad como lo es á la santidad, al genio ó á la virtud. »

sierto, dice, es el lugar á propósito para los descubrimientos. En la relativa soledad del campo el hombre es mucho más observador, tiene más dominio de sí mismo y está más dispuesto á seguir la percepción de nuevas verdades. » Cuando Jénner descubrió el poder de la vacuna como preservativo de la viruela en su aldea nativa de Gloucestershire, y después que su fama llegó á ser europea, un amigo que le visitaba le instó á que se fijase en Londres. Pero él era aficionadísimo al campo y se negó á abandonar su pueblo nativo. Cuando el visitante le pidió que le mostrase el anillo con un diamante que le había enviado el emperador de Rusia, Jénner le replicó: « Mejor es que se venga usted y demos un paseo por el jardín oyendo el monótono zumbido de los escarabajos. »

Las *Señales de Lluvia*, de Jénner, contienen un notable ejemplo de la solidez y agudeza de sus observaciones que nadie hubiera podido adquirir en la ciudad acerca de las plantas, flores, pájaros y animales, relativas al cambio de tiempo.

El doctor Arnold era gran aficionado al campo, á sus árboles, sus vallados, sus praderas, sus lagos y sus montañas. Cuando se mudaba de una casa á otra, tenía cuidado de llevar consigo retoños de los grandes saúcos de las tierras de sus padres, y los plantó sucesivamente en Laleham, Rugby y Foxhow. Su corazón se dilataba en dichos sitios, que se convertían por algún tiempo en el centro de su mundo. Complaciase en retozar á través de los campos con sus hijos, sintiendo acariciado su rostro por el viento fresco, cogiendo flores silvestres y hallando nidos de pájaros. Su alegría se mostraba ruidosamente al cruzar vallados y saltar fosos. Pero su mayor deleite era vivir en

su casa de Westmoreland en Foxhow. « Aquel sitio se hallaba grabado en su memoria, dice, como una visión de belleza de unas vacaciones á otras. » Comprendía que jamás podría descansar en ninguna otra parte cuando viajaba. « Si me detenía más de un día en el más bello sitio del mundo, esto aumentaba mi ardiente deseo de ir á Foxhow. » El aire de las montañas renovaba también su actividad para el trabajo, que era siempre en él una pasión. « Hemos estado aquí, escribe á un amigo, más de tres semanas y, como sucede siempre, este lugar me ha proporcionado siempre un descanso completo, aunque jamás he trabajado más, pues he hecho seis de mis discursos, sin contar una extensa correspondencia. » Esperaba con fundamento que, cuando muriese, sus huesos irían al cementerio de Grasmere á descansar bajo los tejos que plantó Wordsworth, arrullados por el murmullo del río Rotha. Pero sucedió de otra suerte, y los restos de aquel gran trabajador descansan con mucha más propiedad en medio de las escenas de sus nobles trabajos en Rugby.

Wordsworth vivió también cerca de Foxhow, en Rydale, á la orilla opuesta del Lago de Grasmere; mientras que Southey vivió en Greta Hall, cerca de la costa Norte de Derwent. A Southey no le gustaba vivir en Londres, cuyo movimiento le ponía nervioso, le fastidiaba y le cansaba. No descansaba mientras estaba allí, y hasta en la sala de lectura del *British Museum* su ánimo se sentía perplejo por la verdadera multitud de sus recursos y la distracción de sus enormes medios de trabajo. Podría suponerse, naturalmente, que Sidney Smith, por sus cualidades de sociedad y su ameno trato, sería más bien un hom-

bre de la ciudad que del campo. Sus amigos le consideraban como un hombre desterrado durante los años que ejerció un curato en la pequeña aldea de Salisbury Plain, y más tarde, cuando fué rector en Foxton-le-Clay, en Yorkshire. Pero fué una suerte para el mundo de los lectores el que Sidney Smith se viese en la necesidad de pasar tantos años de su vida en la soledad del campo. De otro modo, sus grandes facultades hubieran podido esterilizarse en medio de las reuniones de la ciudad, en las brillantes conversaciones de sobremesa, y en ese caso el mundo no hubiera poseído tal vez, sus honrados, sanos y poderosos escritos.

En Foxton-le-Clay, Sidney Smith era á la vez cura, agricultor, jardinero, doctor, juez de paz y colaborador de la *Revista de Edimburgo*. Escribiendo á su amigo Jeffrey acerca de su retiro, decía: « Viviendo mucho tiempo solo, como ahora me sucede, me corregiré de mis faltas, según creo, porque el hombre puede obrar sin la aprobación de su conciencia cuando se halla en numerosa compañía, pero debe hacer grandes esfuerzos para obtenerla cuando vive solo : á no ser por esto, estoy seguro de que la soledad no podría soportarse. » Por otra parte, Sidney Smith hizo en Foxton-le-Clay mucho más que escribir artículos para la *Revista de Edimburgo*. Con respecto á sus ocupaciones agrícolas, escribe lo siguiente uno de sus visitantes: « Para no perder tiempo, dirige los trabajos desde su puerta con una tremenda bocina, cuyo compañero adecuado es un telescopio colgado de una correa, para observar los trabajadores. El mismo espíritu prevalece en su jardín y en su granja ; por todas partes se echan de ver el ingenio y la originalidad. Y á propósito de

singularidad, ¿ qué es ese armatoste en forma de máquina en medio del campo ? — Ese es mi Rascador universal. Es una máquina dispuesta de modo, que todo animal, desde el cordero al becerro, pueda frotarse ó rascarse con la mayor facilidad y deleite. » Durante los diez y nueve años que el reverendo Sidney Smith vivió en Foxton-le-Clay, escribió treinta y ocho de sus mejores artículos para la *Revista de Edimburgo*. El último, sobre las pretensiones de la Iglesia católica, lo escribió el año antes de ser presentado para un canonicato en la catedral de Bristol por el lord canceller Lyndhurst. Después fué nombrado por lord Grey, canónigo en la catedral de San Pablo, en Londres. Á partir de este tiempo, hizo las delicias de numerosos círculos ; sin embargo, su espíritu volvía con frecuencia á la feliz, laboriosa y útil vida que había hecho en su curato de Yorkshire.

Á la soledad en que la naturaleza de Carlyle se educó en los primeros años, puede atribuirse mucha parte del genio característico de su edad virili. Nació en una solitaria casa de campo, en Dumfriesshire, y después de ir, según costumbre, á la escuela rural, pasó á Edimburgo, donde hizo cortos estudios. Echó allí los cimientos de su vida literaria, aprendió merced á su propia energía á leer corrientemente casi todas las lenguas cultas, y cultivó casi todas las materias y ciencias. De la enseñanza privada pasó á traducir, y por último á escribir obras originales. Por espacio de unos siete años después de su matrimonio, vivió Carlyle en Craiggenputtock, una solitaria casa de campo en medio de las lagunas de Nithsdale. Allí fué donde Emerson le descubrió, en su visita á Inglaterra en 1833. Al llegar á Dumfries Émerson observó que Craiggen-

puttock estaba á quince millas de distancia. No pasaba, dice, ningún carruaje público; así es que tomé un carruaje particular en la posada. Hallé la casa en medio de solitarias colinas de brezos, donde el solitario profesor nutría su poderoso corazón. Pocos eran los objetos que le rodeaban, y como vivía solitario, no teniendo una persona con quien hablar á quince millas á la redonda, excepto el ministro de Dunscore, los libros eran inevitablemente su único recurso... El tenía siempre fija la atención en Londres en concepto de profesor: «Londres decía, es el corazón del mundo, maravilloso, aunque sólo sea por su aglomeración de seres humanos¹.»

Londres le absorbió poco después, pero solo cuando él hubo alimentado y formado su espíritu en medio del profundo silencio de sus colinas nativas. Monsieur de Lavergne, en su notable obra *La economía rural en Inglaterra, Escocia é Irlanda*, observa que las novelas inglesas del siglo XVIII están llenas de alabanzas de la vida del campo. En tanto que Francia, dice, estaba ocupada con las historias de Voltaire y las novelas de Crebillón el joven, Inglaterra leía *El Vicario de Wakefield*, *Tom Jones* y *Clarissa*. Goldsmith, describiendo á mister Primrose, dice. «El héroe de esta obra reúne en sí los tres más grandes caracteres de la tierra; es sacerdote, marido y padre de familia.» Este pensamiento comprende el cielo de ideas peculiar á Inglaterra protestante y agrícola. La novela entera es únicamente un comentario de la misma. Es una pintura de la vida interior de la familia de un pobre clérigo.

1. Emerson's. *English traits*, cap. I.

En el mismo capítulo, monsieur de Lavergne se propone demostrar que la afición á la vida del campo ha sido siempre una señal característica del pueblo inglés, que heredó semejante afición de sus antepasados sajones y normandos. En las naciones de origen latino, la influencia de la Roma imperial imprimió un carácter muy distinto. En ellas se manifestó desde muy temprano la afición á la vida de la ciudad. Los romanos abandonaron á los esclavos el cultivo de los campos; y todos los que aspiraban á distinguirse iban á parar á la ciudad¹. El nombre de aldeano, *villicus*, (de donde vino el de villano) ó de *paganus* (de donde se derivó pagano) eran término de desprecio; mientras que el nombre de *urbanitas* (condición del que habita en la ciudad) se asociaba á la idea de elegancia y cortesanía. Los modernos latinos consideran aún el campo como una especie de destierro y desean vivir en la ciudad por su gusto, por afición á la sociedad; por ganar dinero, ó, también pudiera ser, por placer intelectual. El inglés es menos sociable que el hombre de origen latino: aún conserva algo de su temperamento nativo. Le gusta vivir en apartados y agrestes sitios, en solitarias granjas, donde goza de la sociedad de su mujer y de sus hijos; le repugna, como al sajón, el encerrarse dentro de los muros de la

1. Una de las causas de la decadencia de España es la escasa afición á la vida del campo, poco compatible con las agitaciones de la política, gangrena nacional, y con la fiebre de extranjerismo que acomete á la clase pudiente é ilustrada. En los grandes centros hace estragos la vida inútil y nociva del café. Los ricos se van al extranjero á gastar el producto de sus esquilmas propiedades; y en las grandes poblaciones, como Madrid, hay muchos que mueren jóvenes por no andar ni salir casi nunca de las puertas de la ciudad. — (N. del T.)

ciudad, porque el aire libre es su elemento natural.

Mientras que Goldsmith expresaba su afición al campo en el *Vicario de Wakefield*, el *Viajero* y la *Aldea abandonada*, otros muchos novelistas y poetas mostraban la misma tendencia. Las novelas de Fiel-
ding y de Smollett, lo mismo que las de Jorge Elliot y mister Gaskell, están llenas de la fresca brisa del campo. Wálter Scott fué sobre todo un muchacho del campo, en sus hábitos, lenguaje, espíritu y carácter. La primera vez que se dió cuenta de la existencia, fué en la granja de su abuelo, en Sandyknowe, y allí empleó muchos de los años de su juventud, impregnándose en ese amor al campo y á la vida del campo que jamás le abandonó. En Kelso, á orillas del Tweed, fué donde dijo: « Puedo trazar distintamente el despertar de este precioso sentimiento por las bellezas de los objetos naturales que jamás se han separado de mí. » Su amor al campo, á las colinas, á los valles y á los matorrales, llegó á convertirse en una pasión. « Si yo no llego á ver los brezos una vez al año, dice, creo que me moriré. » Escribía acerca de su casa de campo en Abhotsford: « Mi corazón se apega al sitio que yo he creado; apenas hay un árbol que no me deba su existencia. » El amor de Scott al campo llevó á Escocia visitantes de todas las partes del mundo, pero especialmente de América. Su *Dama del Lago*, *Waverley*, *Rob Roy* y otras novelas escocesas, han atraído, en efecto, sin cesar, gran número de turistas hasta Abhotsford, Loch Katrin y el campo de Rob Roy, cerca de la fuente del lago Lomond. La pluma de Scott ha obrado como una varita de mágico, haciendo surgir diligencias, barcos, caminos, ferrocarriles é innu-

merables hoteles para comodidad de los viajeros, en medio de lo que antes era una mera soledad montañosa.

Byron no pasó tanto tiempo en el campo: sin embargo hasta el fin sintió la influencia de las salvajes perspectivas de las montañas de Escocia, en medio de las cuales se crió cuando pequeño. Richter, en su autobiografía, cuando habla de la importancia del lugar del nacimiento, dice: « No es bueno que nazca el poeta y se críe en una capital, sino más bien en una aldea, ó cuando menos en una ciudad pequeña. La superabundancia y fascinación excesiva de una gran ciudad, son para un alma joven, delicada y excitable, un festín á los postres, una embriaguez de bebidas espirituosas ó un baño en vino hirviendo. La vida se agota en él durante la juventud; y después de lo más grande, no le queda nada que desear, sino cuando más lo que es mucho más pequeño, es decir, la aldea. » El lugar de nacimiento de los poetas ha sido ciertamente con más frecuencia un pueblecillo ó una aldea que una ciudad.

Shakespeare nació en un verdadero distrito rural, y vivió en él hasta llegar á la edad viril. Entonces abandonó su pueblo natal para ir á buscar fortuna en las grandes ciudades. Nada sabemos de los primeros años de Shakespeare; pero es fácil deducir de sus obras que debió pasar mucho tiempo en el campo y ser un fiel observador de la naturaleza. « Rara vez, dice Carlos Knight, es lo que se llama un poeta descriptivo, pero las imágenes de las praderas, de los bosquetes, de los valles y de los cerros, de los densos bosques, de los tranquilos paseos á orillas de los graciosos ríos, reflejos de las perspectivas de su pueblo natal, descuellan sin